

y carece, según expresión de Heuglin, «de toda llanura honda y extensa.» El conocido camino de caravanas que atraviesa el desierto nubio entre Korosko y Abu Hammed (10 jornadas de 10 á 12 horas cada una) corre al principio por un país llano y desierto en toda la extensión de la palabra en donde sólo en los sitios más profundos aparece la hierba seca y raquítica llamada *gesch ó gasch*; pronto, empero, surgen al paso colinas y más colinas y á medida que se va aproximando á la cordillera Djebel Morrat encuéntrase el viajero en un territorio de vegetación espléndida que se anuncia por una faja de palmeras dum (*delach* de los árabes) y que constituye un oasis como el que en mayores proporciones existe en el alto país del Barka. La estepa Bajuda, comarca importantísima para el tráfico egipcio-nubio entre Dongola y Khartum, dista mucho de ser como aquel territorio más septentrional «la verdadera llanura» que Gumprecht, por ejemplo, nos describe en su gran geografía del Africa; por el contrario, es un país montañoso al Norte, lleno de peñascos, y con frecuencia cortado por valles que sombrean frondosos árboles, que sólo al llegar al Sud y al Oeste se convierte en las estepas y metetas-praderas de Kordofán. Prescindiendo de estas cordilleras y colinas, el país se nos presenta medianamente elevado, carácter que se aviene perfectamente con su naturaleza de país de bancales situado entre el alto y el bajo curso de un gran río, el Nilo, cuya pendiente es en esta región muy poco rápida. Como puntos de altura pueden citarse Syene (104 metros) en el límite septentrional y Khartum (360) cerca del meridional, poblaciones ambas situadas en el valle del Nilo. No hay en este país altas cordilleras, excediendo apenas de 2.000 metros las más elevadas montañas.

En el territorio nubio recibe el Nilo su mayor afluente que para diferenciarse del Nilo propiamente alto ó Blanco se denomina Río Azul, Bahr el Azrek: esta afluencia es el hecho más trascendental para el carácter de la distribución de las aguas en Nubia. En cuanto al segundo afluente nubio del Nilo, el Atbara, que con el nombre de Takasseh penetra por entre los peñascos desfiladeros de Abisinia y con el de Setit atraviesa la comarca de Homrán, puede decirse que es un río genuinamente nubio, secándose casi por completo en los sitios bajos del último tercio de su corriente durante los nueve meses que constituyen el período de sequía nubio, de modo que los hipopótamos lo abandonan para trasladarse á las aguas permanentes del Nilo. Los demás ríos de Nubia, mucho más pequeños, son verdaderos ríos de wadis ó *fumares* pudiendo aplicarse á todos ellos lo que dice Alvarez hablando de los afluentes etíopes del mar Rojo: «No nos fué posible ver ningún río que desde Etiopía afluyera al mar Rojo, pues todos se secaban en cuanto llegaban al territorio llano.» La mayor de estas corrientes de agua temporales independientes, que por lo mismo que sólo corren cuando llueve podrían ser denominadas corrientes de lluvias, como los pequeños *chores*, es el Barka que debe su existencia á un país montañoso y perfectamente dotado de agua que se extiende al borde septentrional de Abisinia: este río se seca también superficialmente durante el período de sequía teniendo que buscarse el agua en el último de su curso á 6 metros de profundidad. De las muchas corrientes de lluvias que en el territorio del Barka entre Tokar y Wold-Qan surcan el Sahel algunas no llegan al mar, ni siquiera cuando alcanzan el máximo del caudal de agua, á pesar de la proximidad de la costa, otros llevan á él periódicamente considerables cantidades de agua, como el Chor Eidut y los torrentes de Adomanah y de Quarora y el Falkat. La dirección gene-

ral de estas corrientes es de Sud ó Sudoeste á Nordeste. Cuanto más se penetra en las montañas tanto más verdes aparecen las márgenes de las pequeñas corrientes de lluvias que se abren paso entre peñascos desprendidos. Por esto todas las corrientes de agua incluso la mayoría de los manantiales dependen en la región nubia de la elevación vertical, regla de la cual son excepción algunas termas de la baja Nubia. El agua, cuando la hay, encuéntrase á cierta profundidad en la que, según la leyenda de los indígenas, existen vastos depósitos de agua á los cuales se llega en Taka y en Kordofán por medio de pozos de 10 á 12 metros después de perforar una capa de arcilla azul. Dadas estas condiciones climatológicas es natural que sólo puede haber lagos allí donde los produzcan determinadas circunstancias locales favorables á la contención de aguas pluviales; por esto el único lago de Nubia, el Birke de Kordofán, es un lago formado por la lluvia.

La Arabia es el país de transición del Asia al Africa: el lazo de unión de los dos continentes es estrecho (el istmo de Suez tenía sólo 120 kilómetros de ancho); pero si en vez del istmo que los une hubiesen estado separados por un ancho boquete que hubiese puesto en comunicación el Mediterráneo y el mar Rojo ¿no hubieran sido muy distintos el curso de la historia universal, el trato de los pueblos y el comercio del mundo? Este istmo tiene importancia no sólo como dique levantado entre las aguas del Mediterráneo y las del Océano sino también como puente de paso entre los dos continentes. La vida que se observa al Norte del mismo es muy distinta de la que se nota en el Sud. Los árabes consideran su territorio como una isla que cierra el mar por tres de sus lados y el desierto por los demás; esta misma situación hace que ofrezca excepcionales condiciones á las corrientes del tráfico del mundo y que desde muy antiguo se haya visto cruzada por innumerables caminos de caravanas. El camello y el caballo, elementos indispensables para atravesar el desierto, fueron conocidos en Arabia antes que en Africa; y la Meca antes de ser la ciudad santa del islamismo y punto á donde se dirigen las peregrinaciones de los creyentes, florecía ya como centro del comercio de caravanas de los árabes. En ella entablaban relaciones y verificaban sus cambios por un lado los territorios del Sud y del Sudoeste de la península, es decir Hadramaut y Yemen, y por otro Africa, Persia y Mesopotamia. El emplazamiento de aquella ciudad que sus habitantes denominaban el centro del mundo, favorece ese movimiento, pues se encuentra á igual distancia (unas siete jornadas) de Damasco, Meschhed Alí, Kerak en Palestina y otras ciudades. La tribu de los koreischitas á la que perteneció Mahoma, fué muy poderosa por la gran participación que tuvo en el comercio universal. Al desarrollo del islamismo en este lugar contribuyeron poderosamente las relaciones que entre los pueblos crea un gran mercado; pero quizás influyó más en él el hecho de que el territorio de la antigua civilización del Sud de Arabia estaba allí en contacto con el territorio de estepas de la Arabia central, patria del sentimiento de independencia, de la vida errante siempre dispuesta á la lucha y del fanatismo. Las islas reúnen dos importantes elementos, el trato y el aislamiento. Los árabes han llevado algunas veces sus ataques al exterior, pero antes de Mahoma casi siempre y después de Mahoma siempre se han visto libres de trascendentales invasiones no habiendo podido arraigar las pocas que se han intentado: ni Elio Galo, el general de Augusto, ni los etíopes ni los Sassánidas pudieron sostenerse en aquel país; los Osmanes sólo tocaron ligeramente al borde occidental, los persas únicamente se sostuvieron en los territorios fron-

terizos del Este y los egipcios sólo por breve tiempo se mantuvieron en la Arabia central.

La Arabia no nos ofrece un desierto tan extenso como el Sahara, sino que posee bordes de verdura, wadis y oasis y sólo encierra dos desiertos propiamente dichos, uno al Norte y otro al Sud separados por la cordillera Dchebel Arad. También aparecen desiertos varios trozos de la costa de algunas millas de longitud, especialmente al Este, pero la mayor elevación de una gran parte del interior de la península hace que el clima sea más fresco y más húmedo. Fuera de las regiones de los desiertos arenosos que ocupan aproximadamente una tercera parte de la Arabia, puede una gran porción del país ser calificada de estepa en el sentido que tiene esta palabra en Nubia, pues durante el período de lluvias cubrese de verdura que se mantiene por algunos meses y ofrece, por ende, hermosas praderas á donde llevan sus ganados los pastores errantes. El resto es un país de oasis y en el extremo Sud encontramos una serie de territorios fértiles que aumentan en las comarcas del Sudoeste de la Arabia Feliz, en donde junto á las áridas llanuras de la costa (*tehamas*) hay los frondosos bosques de las vertientes de las cordilleras marginales. La península del Sinaí ofrece en su mayor parte el carácter de estepa de los territorios árabes á ella fronterizos. Algunas de las líneas más secas y más áridas que presenta el cuadro de la Arabia están trazadas por las comarcas antiguamente volcánicas del Harra, el cráter extinguido, y por las llanuras de toba y de ceniza que las rodean y en las que aparecen sembrados grandes bloques de dolerita. El centro de esta península insular está ocupado por la Arabia central, tan importante desde el punto de vista de la naturaleza y de la historia, núcleo de la península que al igual que el Africa septentrional forma una sola y extensa meseta y que no está atravesada por ningún río de importancia: caen sobre ella, es cierto, algunos chubascos pero tan débiles que en la mayor parte de su territorio faltan por completo hasta los riachuelos característicos de las estepas y los lagos interiores. Su situación es por lo general más elevada que la región occidental, tan parecida á ella; en efecto, la meseta arábica alcanza en muchos puntos una altura de 1000 á 1300 metros y por el lado del mar está cercada de montañas marginales que se elevan hasta 2.500.

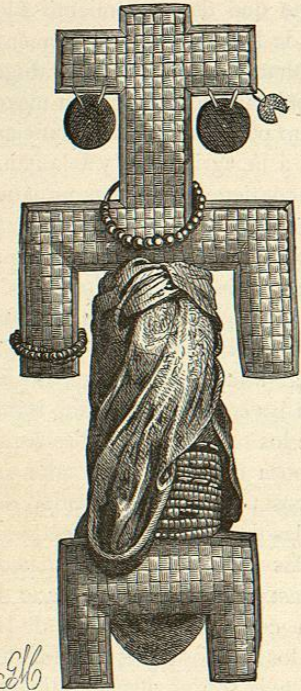
El sistema hidrográfico ofrece aquí caracteres muy semejantes á los que hemos visto en el Sahara. Ya se comprenderá que tratándose de un país como Arabia de clima seco y tan desprovisto de altas montañas que puedan contener en sus gargantas eternas nieves, sólo en muy pequeña escala puede hablarse de un sistema de ríos permanentes: únicamente en la región sudoccidental, menos pobre en lluvias, que se extiende al otro lado del trópico aparecen algunos riachuelos, secos durante la mayor parte del año allí en donde no hay manantiales subterráneos cuyas aguas broten junto á la desembocadura de aquéllos. El valle de Hadie que Seetzen ha ensalzado y Langer comparado con los valles de las montañas del Tirol y de Suiza, se ve cruzado durante el período de las lluvias primero por impetuosos torrentes que se despeñan de los montes y más tarde por un río de ancho cauce: en cambio durante la sequía conviértese en insalubre pantano. Aquel gran wadi que abarca todo un sistema de ríos y del que se dice que se extiende desde Yemen hasta el bajo Eufrates, siendo por esta razón denominado wadi central, sólo en ciertos sitios es un gran río durante el período de las lluvias, á pesar de lo cual desembocan en él una porción de fumares ó wadis. Esta pobreza de aguas no es un obstáculo absoluto para la ganadería, pues la planta *ghada*, extendida

por toda la Arabia y que hasta en las arenosas dunas de Nefud alcanza una altura de 4 y 5 metros, proporciona abundante alimento á las ovejas y los camellos y mientras las camellas tienen leche para nada necesitan el agua los pastores, pudiendo aplicarse á los nómadas árabes lo que hemos dicho de los lapones del extremo Norte, á saber: que empiezan viviendo de sus rebaños y sólo por ellos se identifican luego con la naturaleza.

El clima de Nubia y de Arabia, gracias á estar estos países situados en lo que podríamos llamar frontera entre las lluvias de invierno y las de verano, está caracterizado por la escasez de lluvias y por un calor excesivo, á lo cual contribuye, además, en la península arábica la elevación relativamente considerable de su suelo. El clima de la Arabia septentrional se parece al del Sahara; el de la meridional al del Sudán. Sin el Nilo y sus afluentes y sin las muchas desigualdades del terreno que dan nacimiento á los oasis, la mitad septentrional de Nubia sería simplemente el eslabón que enlazaría el Sahara con el desierto arábigo. La mitad meridional se asemeja al Sudán en que la mayoría de sus territorios poseen un período de lluvias suficientemente largo para favorecer á la agricultura y á la ganadería. El Norte de Nubia no contiene en muchas jornadas más agua que la de aquel engañoso espejo de la Fata Morgana que los árabes denominan ingeniosamente «agua de las gacelas.» En el Sud de Arabia y en Kordofán es difícil, durante la estación húmeda, preservar á las plantaciones de las devastadoras malas hierbas, pues la vegetación es tan exuberante que al atravesar estos territorios después de un largo viaje por las estepas créese un transportado á una selva virgen de los trópicos. A ambas regiones es común, durante la época de sequía, un calor extraordinario que hace de la costa arábica de la región del Tehama una de las más cálidas de la tierra, no siendo raras en Berber, Schendy etc. las temperaturas máximas de 60° y caldeándose la arena hasta alcanzar casi el grado de ebullición. En cada comarca comienza el período de las lluvias en época distinta; en los territorios septentrionales del mar Rojo los meses de lluvia son noviembre, diciembre y enero; más al Sud, en los alrededores de Kassala, agosto y setiembre, y más hacia el ecuador, en el país de Galabat, junio y julio. En los trópicos violentas tempestades anuncian el comienzo del período de lluvias cayendo durante las mismas de un cielo oscuro y preñado de nubes una cantidad de agua extraordinaria: sigue luego lloviendo un par de horas al día ó á la noche, sin regularidad alguna, y por fin tras otras tempestades y fuertes aguaceros que cierran la estación lluviosa reaparecen el cielo claro y transparente, el sol espléndido y el calor sofocante y empieza la estación seca y calurosa que en Sennaar dura cuando menos siete meses (de octubre á abril) como en el Sudán; durante esta época cesan á menudo casi por completo las lluvias en la Thebaida, á pesar de que allí aparecen en abril y en mayo en forma de chubascos y de tempestades las ramificaciones más septentrionales de las lluvias tropicales, que no se presentan con regularidad sino á partir de Nueva Dongola. Schweinfurth acepta el grado 25 de latitud como frontera meridional de las lluvias de invierno y septentrional de las ramificaciones de las lluvias de verano del Sud.

En el desierto encontramos pobreza pero no falta absoluta de vegetación: hay en él corpulentas acacias y las hammadas de las cercanías del Atlas abundante en lluvias han sido por algunos designadas como estepas del Sahara á causa de los arbustos que en ellas crecen y que hacen de ellas un terreno de transición, pues en el interior del

desierto son precisamente las hammadas los lugares más áridos. Un trozo de costa como el comprendido entre Yambo y Dchidda en donde encontramos colinas cubiertas por bosques de acacias de 12 á 15 metros de altura y verdaderas selvas tropicales de mangles en las tierras costaneras, puede haber servido de base á la leyenda de la Arabia feliz y llena de aromas. Pero también en el interior, dentro de las fronteras de Chammar, las aldeas y los campamentos están rodeados de árboles denominados *ethel*, de la familia de los tamariscos, que florecen durante una gran parte del año, y de bosques de palmeras. Todas estas plantas de las estepas llevan, sin embargo, impreso en sus órganos el sello del raquitismo siendo las salitrosas las únicas que ofrecen un aspecto de exuberancia y riqueza de jugo. Casi sin hojas y de un color gris osténtase la forma de



Una muñeca (ó ídolo?) de entrelazado de hierba, de los suahelís. (Museo para Etnografía, Berlín)

retama cuyos representantes, tales como la *Retama*, la *Ephedra* y otros, más tienen de escobas que de plantas. Las gramíneas son ásperas y en algunos puntos forman espesos sotillos, pero sólo la *Aristida* ó sea el forraje del camello alcanza la altura de un hombre. Una fuerza vital que no pierden al ser arrancados ni arrastrados por las tempestades hace de los líquenes maná (*Parmelia*) y de las rosas de Jericó los hijos genuinos del desierto, y la abundancia de espinas y de filamentos de las acacias, de los alhagis ó agules, de las espinas de Cristo, de las inmortales de las arenas (*Corymbíferas*), de los ajenjos y de las borrajras demuestra claramente el fin de la defensa ó la consecuencia de la contracción de los órganos blandos. La falta de cebollas y de cucurbitáceas en estos desiertos es un funesto inconveniente para la alimentación del hombre. Bajo este concepto, el Norte de Africa contrasta con las estepas del Sud tan abundantes en plantas alimenticias. Igual pobreza encontramos en la fauna ya que los animales al parecer característicos del desierto, como el león, la hiena, el avestruz y el chacal, pertenecen únicamente á las comarcas de transición, á los oasis y á las inmediaciones de los caminos de las caravanas.

De suerte que el hombre poco provecho puede sacar de la fauna y de la flora del desierto, dependiendo el agricultor exclusivamente de las plantas de cultivo importadas. La más corpulenta é importante de las plantas de cultivo en estas regiones del desierto es también la palmera datilera, á la que se agregan el trigo, *Penicillaria (duchn)*, la durra y en el desierto libio además el arroz. Las judías, las almendras de tierra, los melones, las sandías, las calabazas, los cohombros, el algodón y algunas otras plantas de cultivo sudanesas son conocidas pero rara vez cultivadas: las denominaciones que allí llevan las plantas de cultivo indican un origen sudanés ó árabe; en el país de Tibbú todas llevan un nombre sudanés, á excepción de la sandía y de la calabaza botella. La palmera dum y el árbol

del jabón tienen en estas comarcas su límite septentrional. De los demás árboles, sólo merecen ser mencionadas algunas acacias, entre ellas la *Acacia Sayal*, la *Acacia nilotica* y otra muy rica en goma cuya corteza, denominada allí *here*, se utiliza para adobar los cueros: también pueden ser citados el *Tamarix* y el alcaparro y entre las plantas de menores dimensiones el *alhagi* y el *had (Cornulaca)* importantes como forraje para los camellos y la coloquíntida á menudo no menos importante desde el punto de vista de la alimentación del hombre. La riqueza en gramíneas es considerable, figurando entre ellas el *kreb* y el *akresch*, que crecen en estado silvestre y cuyos frutos sustituyen con frecuencia al trigo en la alimentación de los habitantes de esas comarcas, pues no son raras las épocas calamitosas en que es preciso acudir á ese recurso. Nachtigal hablando del gran oasis de Fessán, en el Sahara, dice: «Todo cuanto la agricultura produce á los fessaneses apenas basta para satisfacer las más apremiantes necesidades de la vida, pudiendo afirmarse que sería insuficiente de todo punto si en su auxilio no viniese la palma datilera.» En Nubia prevalece á consecuencia del clima el carácter de desierto en las partes septentrionales y el de estepa en las meridionales; mejor dicho, en unas y otras se nota una tendencia á los respectivos caracteres, que aparecen más ó menos marcados según las condiciones locales especialmente según la configuración del suelo. Al Sud de Korosko, en el camino que conduce á Abu Hammed, el carácter de desierto se presenta tan acentuado como en los sitios más pobres del Sahara ó del desierto árabe, hasta el punto de que Beumann no encontrando allí huella alguna de vida orgánica hubo de exclamar: «El desierto se desarrolla aquí en toda su plenitud.» Lo propio sucede en muchos puntos de la estepa Bajuda. En los lugares en que aparecen las praderas, es decir la estepa, éstas sólo son fértiles temporalmente cuando han caído las lluvias de invierno y se han renovado los gérmenes de las plantas. En ninguna parte como aquí se halla tan justificado por las necesidades de la naturaleza el pastoreo emigrante: durante la estación seca y sobre todo en los años de sequía el pastor ha de emigrar á menudo á lejanas montañas para encontrar pastos, viéndose obligado muchas veces á disminuir sus rebaños y á alquilarse como jornalero ó como agricultor en el valle del Nilo. Sin embargo cuando sus valles del desierto han vuelto á cubrirse de verdura regresa á su querida patria y dedícase nuevamente á sus antiguas ocupaciones. Los herbazales adquieren su mayor desarrollo al Sud de Kordofán, en donde los tallos crecen altos y gruesos como en lozanos campos de cereales. En Nubia no existen verdaderos bosques y lo más que hay son boscajes de mimosas y de palmeras dum. La siguiente descripción de Kotschy nos pinta la faja de mimosas, que es lo que más se acerca al bosque, que atravesando el Sudán y la Nubia se extiende por la frontera de la estepa: «El terreno se inclina insensiblemente y el viajero llega al fin á una interminable selva de *Mimosa nilotica*. En el suelo de graso limo se abren grandes grietas; las mimosas tienen 4 pulgadas de diámetro y tres toesas de altura; todos los árboles son enfermizos, las puntas de las ramas están secas, la corteza tiene un tinte rojizo y el bosque más parece muerto que vivo gracias probablemente á que durante 4 ó 5 meses se ve inundado por las aguas pluviales que afluyen al Nilo Blanco. En estos árboles se encuentra la goma mejor y más abundante que á menudo forma unas masas á modo de bolsas que pesan 2 libras.»

La costa es en general aun más pobre que el interior y en cuanto comienza á divisarse cambian de modo de ser

y no con ventaja, el suelo, el agua, las plantas y los hombres: los dos vientos que en los territorios costaneros soplan, el fresco viento marino del Norte y el Sudeste tibio, son generalmente secos; los pobres arroyuelos que por ellos circulan arrastran un agua amarga y á veces de olor azufrado; la tierra se presenta en algunos puntos floja, cubierta de una especie de costra amarilla, húmeda é impregnada de un líquido salado. Un pequeño torrente de agua, aunque perenne, amarga, intenta quizás inútilmente avanzar por el valle dando verdor á un bosquecillo, pero á los pocos días de lluvia conviértese en impetuosa y devastadora corriente de agua dulce. Estas comarcas faltas en absoluto de agricultura tienen una población en extremo exigua, pero constituyen una excepción de esta regla general los territorios costaneros llanos como los que se extienden detrás de Suakín hasta la cordillera. La parte septentrional de la comarca situada entre el Nilo y el mar Rojo, con ser la más desierta, es un trozo de tierra importante por los muchos caminos de caravanas que al través de ella ponen en comunicación este mar con aquel río. Merece la pena consignarse la circunstancia de que la flora de la parte oriental del Nilo más favorecida por las lluvias se extiende con los caracteres de la sudanesa más hacia el Norte que la de la parte occidental. Al otro lado del trópico comienza el desierto, no tan pobre en plantas como el Sahara gracias á las lluvias más frecuentes, á las cordilleras y á la proximidad del mar. Klunzinger, hablando de la vegetación del llamado desierto árabe, dice: «La flora del desierto no es ciertamente rica, pero en los buenos años puede llegar á formarse un herbario de 100 á 150 especies.» En el desierto egipcio cuéntanse 600 especies que en parte pertenecen á familias para nosotros completamente desconocidas, que en vano buscaríamos en el valle del Nilo: además de las familias de gramíneas, involucros, crucíferas, labiadas, papilionáceas etc., preséntanse especialmente las formas exóticas de las mimosáceas. En la flora de las costas del desierto que necesita los salinosos vapores del mar es de importancia para el hombre la *schora (Avicennia officinalis)* que forma cerca de la playa grandes y frondosos bosques que sólo un fuerte reflujo deja en seco; con sus maderas utilizadas como combustible se cargan infinidad de buques y sus grandes hojas semejantes á las del laurel sirven de alimento único á muchos camellos. La costa está en muchos puntos cubierta de matorrales de plantas salinas y de juncos que siendo un valladar para la arena movediza llegan á formar otras tantas colinas: algunas de estas plantas producen después de quemadas una ceniza alcalina.

La vegetación agrupada, por lo general completamente extraña al modo de ser del desierto, está fomentada por la planta que con más frecuencia encontramos en el desierto árabe, la *Zilla* ó espina del desierto, pequeño arbusto con flores cruciformes que es principalmente la que da á los valles vistos desde lejos el aspecto de verdes praderas: de los matorrales espinosos que este arbusto forma apártase prudentemente el asno famoso devorador de cardos; en cambio el camello crasilingüe encuentra gran placer en mascar grandes cantidades de las punzantes hojas de esa planta. Es de mucha importancia para el hombre el hecho de que en estos territorios no desaparece la riqueza de hierba que caracteriza al Africa, de suerte que en las hondonadas de los wadis encuentra siempre forraje para los rebaños poco numerosos y dotados de gran fuerza de resistencia.

El Sud de Nubia es uno de los más exuberantes herbazales de Africa y aun del mundo: las hierbas de Kordofán

y de Sennar aventajan á la mayoría de sus similares en cantidad, en tamaño y en resistencia. De todas las hierbas no leñosas la más alta es la andropogónea *adar* cuyos tallos alcanzan una elevación de 5 á 6 metros, y en la estepa Bajuda Hartmann encontró todavía ejemplares que salían por encima de la cabeza de un hombre montado en un camello: el propio autor compara la sabana en tiempo de sequía con «un interminable campo de trigo en que las semillas hubiesen sido sembradas unas muy junto á las otras.» Es un fenómeno sorprendente ver hierbas de una altura mayor que la del hombre aun en sitios en donde la estación seca dificulta durante 7 ú 8 meses el crecimiento de las plantas. Lo que más importancia da á estos herbazales y á los del Sudán central desde el punto de vista de la civilización es la gran abundancia de granos alimenticios:



Fahih, de la tribu de los schukurichs. (Tomado del natural por Ricardo Buchta.)

Kotschy, en su viaje al través del Kordofán, cita el *Triachyrum cordofanum*, la *Eragrostis tremula* y *pilosa*, el *Panicum Petivieri* «y otras muchas» como hierbas con cuyas semillas se hace pan cuando faltan los cereales. «Como la durra - escribe - no hubiese llegado todavía á su sazón, trajéronnos pan hecho con semillas de distintas hierbas recogidas antes del período de las lluvias: en las márgenes de la orilla del Nilo que se nos presenta cubierta de bosques hay distintas hierbas de 4 pies de alto. Cuando se agotan las provisiones de durra las mujeres cuidan de reemplazarlas con semillas de hierbas silvestres, para lo cual se juntan generalmente tres provistas de una *ferda*, paño de algodón por ellas mismas confeccionado: llegadas á un sitio á propósito, dos de ellas extienden el paño debajo de las hierbas cargadas de semilla mientras la tercera golpea con un palo largo y flexible las espigas tan hábilmente que ni una sola semilla deja de caer en la *ferda*. Las semillas recogidas, después de ligeramente limpiadas, son metidas en un saco de cuero y cuando llegan á su casa las mujeres las limpian y dejan en agua durante la noche para á la mañana siguiente hacer con ellas una pasta por medio